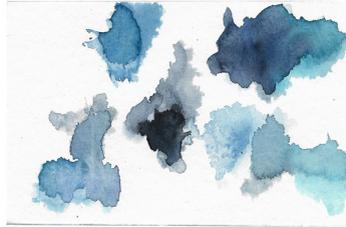


PAISAJES VIVIDOS

**FQ**

Es curioso cómo cambian los paisajes y cómo partiendo de un punto muy similar pueden dar resultados tan diferentes. Para entender estos cambios hay que mirar con mayor profundidad los modos de vida y a las personas que los habitan para entender como la propia cultura es el paisaje que vemos y que nos emociona. Ya que no se percibe solo con la mirada, sino con todos los sentidos, los olores los árboles al caminar, el olor de la lluvia que inunda una ciudad, los sabores de la gastronomía local, los colores de las montañas y sus cultivos, en resumen, la atmósfera que crean los propios paisajes.



Entender un paisaje es entender su carácter y su personalidad, a través de una sensibilidad que va más allá de lo inmediato, que viene de un contacto directo con la realidad. La gente hoy en día sigue sintiendo los paisajes como parte de ellos mismos, de sus recuerdos y de sus deseos. Aunque el paisaje haya sufrido diversas transformaciones por un lado debidos a los sistemas de transporte, de la estandarización, del turismo, de los productos y de los hábitos de consumo y, por otro, a la redefinición de su ámbito por la indiscutible plausibilidad de lo virtual, los paisajes siguen teniendo una conexión con aquellos que lo habitan. Siguen despertando sentimientos y emociones que conectan el mundo físico con el mental, en una relación que va tejiendo una red invisible que conecta cada una de las partes, cada una de las dimensiones



(a) costa

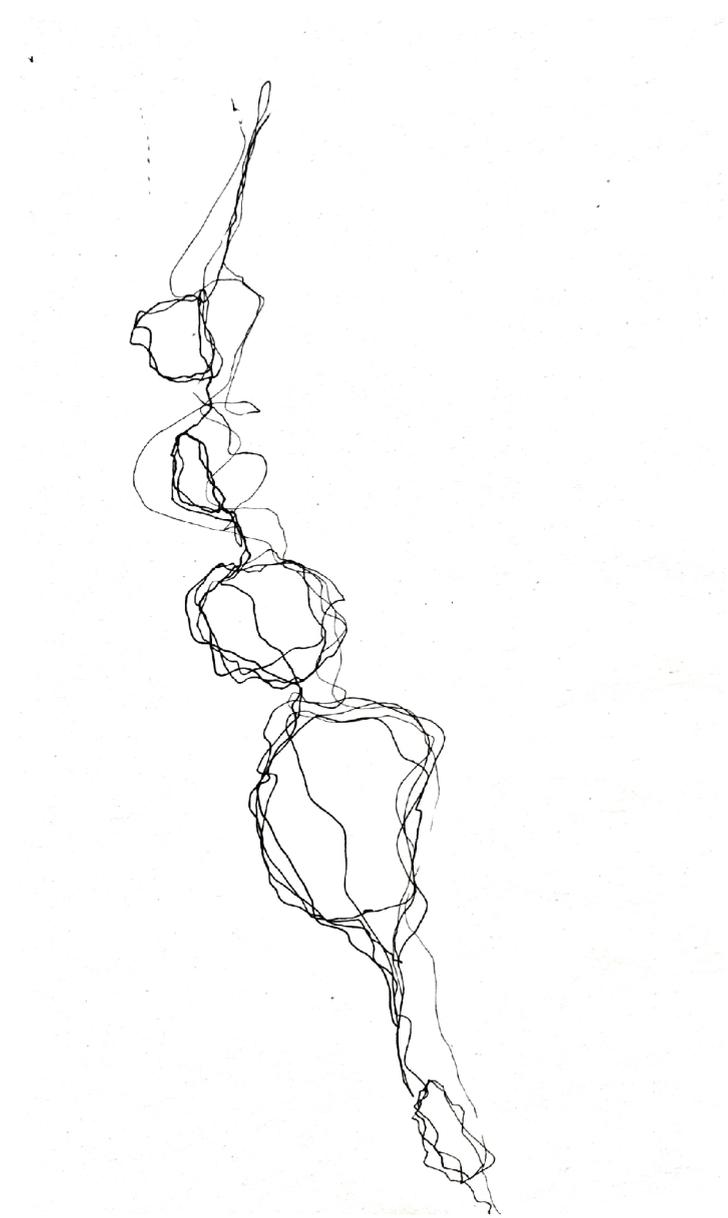
El artista puede verse obligado a modificar su obra a partir de la llegada de un detalle accidental, de un acontecimiento, un incidente que hace que se modifique el proyecto inicial lejos de las perspectivas que tenía inicialmente. Por este motivo es esencial el análisis a través de representaciones sensitivas. Cada representación es una visión interior de una sociedad, percibida y entendida por un espectador, la cual va ligada no sólo a las percepciones adquiridas al ver el paisaje, sino también a aquellas que se encuentran en nuestra memoria.

El artista malagueño Rogelio López Cuenca crea una propuesta estética que se sirve de los códigos lingüísticos y comunicativos de los medios de comunicación para cuestionar los parámetros socio-culturales dominantes y crear propuestas críticas que modifican de manera irónica y poética su mensaje en relación con el contexto cotidiano, en el que las palabras e imágenes de bienestar acaban constituyendo una muralla para entender lo que realmente sucede



Vivimos en un proceso de continuo cambio, de ciclos de crisis y burbujas que afectan y modifican directamente nuestro día a día. Ha llegado un momento en el que las transformaciones que se están llevando a cabo en el territorio y en las formas de vida se alejan cada día más de la gente, de la ciudadanía . El crecimiento desmesurado e incontrolado que se ha producido en las últimas décadas ha deteriorado y destruido el paisaje y el hábitat en grandes áreas, sometiendo a una presión excesiva a los ecosistemas que lo constituyen. Las consecuencias del deterioro del planeta no son más que “perturbaciones” de unos problemas mucho más profundos relacionados con nuestra forma de vivir y ser en sociedad.

Se puede destacar la importancia de la imagen como una forma de representación y comunicación y nos podemos preguntar si la imagen precede a la palabra. Dibujamos, fotografiamos, diseñamos para poder entender los espacios, dibujamos para representar y comprender lo que vemos, para ver las escalas, para identificar los elementos, para capturar la información, etc. Por lo tanto, es necesario que existan espectadores para que exista paisaje, ya que éste tiene una construcción social (Nogué, 2007).



Es necesario estudiar e intervenir en las cuestiones socialmente vivas que afectan al paisaje no solo desde el campo científico o técnico, sino fundamentalmente desde la participación ciudadana. Tiene más sentido un acercamiento a estos problemas desde y con la ciudadanía para poder ayudar a crear mapas mentales que dibujen una realidad conectada, en la que se puedan tejer redes personales, locales y culturales. Se plantea así una problematización en la que los propios actores existentes identifican los problemas y consideran las incertidumbres que pueden surgir en procesos que parten de la propia ciudadanía. Es necesario entender que no existe un principio o un fin en la resolución de estos problemas que afectan al paisaje y, por ello, es necesario abordarlos desde la ciudadanía, implicando a todos los actores, tanto los visibles como los ocultos.

